

## UNAS PALABRAS PARA LUIS

Al poeta Luis Rosales le conocí algo allá por los años de 1935 o 1936. A partir de 1940 la casualidad me hizo ser maestro suyo en materias bastante alejadas del quehacer poético, y compañero suyo en interminables sesiones de poesía, recitada y discutida, con teorías que van y teorías que vienen, y que si patatín y que si patatán..., y las manecillas del reloj que vuelan hacia las horas del alba... Pero de mis impresiones de grato compañerismo ya salieron unas páginas en que tracé su silueta con pluma que siempre estuvo movida por el cariño, aunque a veces orillaba los terrenos del vejamen. Fue en el prólogo—escrito en una tarde y en una hora—para su libro *Rimas*, que comenzaba con el siguiente retrato del poeta: «Luis Rosales está hecho de una prolongada, densa sucesión de retrasos, discusiones, ternura, teorías, ilusiones, ensayos, delicadeza, ceceos, un corazón como una casa, poemas, amigos, inteligencia inventora, tabaco negro y coñac.» En fin, allí está escrita mi descripción de su carácter, y ahora sólo quisiera hacer la enumeración de algunos de sus muchos méritos literarios. Diré, pues, sólo, como resumen del trato personal con Luis Rosales, que es un hombre a carta cabal, inclinado al bien y a la benevolencia, amigo de sus amigos y, en principio, de todos sus prójimos; espíritu que ha sabido llevar con dignidad hasta la calumnia, y nada rencoroso, muy lejano de toda idea de lucro, tanto que sus amigos le hemos creído siempre atento sólo a la vida del espíritu y demasiado inocente para la material y económica.

Y ahora, su labor literaria.

La obra poética de Luis Rosales no es muy abundante. Añadamos que en su personalidad literaria hay otras varias facetas que habremos de examinar por separado. No importa; para todos, lo que resalta en él es el poeta. Yo mismo le he llamado anteriormente «el poeta Luis Rosales». Recordemos frases que todos hemos leído: «Asistió el poeta Luis Rosales», «Ha dado una conferencia el poeta Luis Rosales»; cosas así andan frecuentemente en los periódicos. Y es muy justo; el instinto de la gente lo ve muy bien; la poesía impregna la vida y la persona de Luis Rosales, y—hasta hace muy pocos años—había en toda su vida esa encantadora incapacidad a que he aludido para todo lo que tuviera carácter práctico. Ocurre además que esos otros trabajos

literarios, aparte el creativo, han sido siempre alrededor de un mismo centro de su obsesionante interés: la poesía.

Llegó desde su Granada nativa a la vida literaria de Madrid en 1932, en el momento en que la generación poética de 1927 (llamándola por el año de su mayor cohesión y actividad conjunta) pasaba por el primero de los períodos de su desintegración. La poesía de Jorge Guillén seguía su natural crecimiento; la de Pedro Salinas, aunque estaba a punto de tener el gran aumento de pasión de *La voz a ti debida*, continuaba moviéndose siempre dentro de sus máximos medios expresivos. Pero en la poesía de Alberti, Lorca y Aleixandre se estaba señalando un cambio de la mayor importancia; el que hay, respectivamente, entre *Marinero en tierra* o *La amante*, *El romancero gitano* o *Canciones* y *Ambito*, de un lado, y de otro, *Sobre los ángeles*, *Poeta en Nueva York* y *Pasión de la tierra* o *Espadas como labios* o *La destrucción o el amor*. Con grandes diferencias personales, la poesía de los tres había traspuesto una importante linde, había entrado en otro mundo: un mundo de formas irracionales y misteriosas y de asociaciones establecidas a través de las zonas más profundas y —casi siempre— más sombrías de la vida psíquica.

Muchos jóvenes se habían de dejar llevar hacia esos experimentos. También los veintidós años de Luis Rosales podrían haber sido arrastrados, pero él no lo fue; aprendió, como todos, de lo que estaba cuajando en el aire, pero sin que se enturbiara la diafanidad de su visión poética del mundo. Esto es lo que revela su primer libro.

En 1935 publica ese primer libro: *Abril*, tan juvenil y primaveral como corresponde a su título. *Abril* es un canto de amor. Una enorme ternura, una feliz capacidad expresiva pone en la boca del poeta las imágenes más delicadas y cambiantes. Estas imágenes son de su época. Muchas veces o son irracionales, o parecen estar en las lindes de la irracionalidad. No son dibujables, no tienen equivalencia neta del lado de lo real; lo más frecuente es que surgieran a través de muchos nexos intermedios, que sólo un más demorado análisis literario permitiría rastrear; como la luz de las estrellas gana su misteriosa nitidez por la lejanía, así estos destellos que nos llegan del otro lado del muro de nuestra limitada razón, sugieren con más felicidad, con otra clase de exactitud, de nitidez, que, ésta sí, es totalmente poética:

*¡Qué confesión de arroyo martiriza tu sangre!  
Los barcos lentos giran sobre tu piel; los barcos  
la gozosa marea de tu risa indeleble  
y el agua de tus miembros.*

A veces se creería que en ellas —en estas imágenes de un granadino de hoy— hubieran dejado su aromada gracia y su sensual nostalgia los antiguos cantores de Al-Andalus:

*Son tus ojos, cargados de palomas, como estanques sembrados de luna;  
como una brisa triste de color persuasivo,  
duermen bajo la frente su plenitud de hoja.  
Tus dientes son tan blancos que escarchan la sonrisa,  
y tus labios son olas fragantes que me envuelven  
y empujan suavemente mi cuerpo hacia la playa.*

El poeta piensa en la voz «como una ciudad bajo la niebla», y en la carne de la amada, como vuelo de palomas o campanas o nevado jazmín moreno:

*Tu carne, que insiste en el aroma para lograr el vuelo,  
tu carne, ¡qué continuo rebato sin campanas!  
¡qué descuido moreno de jazmín sobre el mundo!*

Las manos (imaginadas como dos cisnes por el lago de la cabellera):

*Tus manos, como un enredo tibio de verbena y acanto,  
tan tranquilas de cisnes en la gloria del pelo...*

La garganta (y volvemos a sentir relación con los poetas hispano-árabes):

*Tu garganta impasible de espuma pasajera  
como una palma joven que saludara con la cintura...*

La presencia de la amada es el portento absoluto. La naturaleza tiene su explicación por ella y en ella. Y así, claridad, blancura de nieve, mares, vientos, islas, álamos, nardos, espuma, no son metáforas para explicar a la amada, sino naturales atributos de ella, todo colmado por ella:

*Verte, qué visión tan clara.  
Vivir es seguirte viendo.  
Permanecer en la viva  
sensación de tu recuerdo.  
... ..  
Todo colmado de ti.  
No ser más que el ojo abierto,  
y eternizar el más leve  
escorzo de tu silencio.  
... ..  
Verte: qué oración tan pura,  
islas, nubes, mares, vientos,  
las cinco partes del mundo  
en las yemas de los dedos.*

«Vivir es seguirte viendo» o «permanecer en la viva sensación de tu recuerdo», dice el poeta, ligando su mera vegetación vital ya a la presencia irradiadora, ya al recuerdo de esa presencia: la amada-portento. Asombro ante el portento; miedo de llegar a él:

*Miedo de acercarme a ti  
y de aceptar el destino,  
dulce pasmo de mi carne,  
posible desdén sumiso.  
Miedo de contar el bosque,  
claro amanecer de río;  
sombra, primavera y musgo  
de paisaje conmovido.  
Miedo de saberte tumba.  
Cima de balcón tranquilo.  
Arrayán que lento arde.  
Luna de cobre y olivo.  
Miedo de doblar el agua  
y ser romero del trigo.  
Miedo de colmar el gozo  
y de olvidar el olvido.*

Otros poetas han cantado así la mujer («todo vivido en milagro», dirá Rosales junto a la amada) como portento, como milagro, como

*cosa venuta  
di cielo in terra a miracol mostrare.*

Prescindiendo ahora de otros antecedentes que pueden señalarse, esa posición de asombro y veneración ante la belleza de la mujer, milagro, perfección absoluta, como cercana a la divinidad, nos viene, a través de Dante, del *dolce stil nuovo* y se vivifica una y otra vez al contacto con las ideas platónicas durante el Renacimiento. La estela no se interrumpe nunca.

Tomemos un tema concreto; será así más fácil, limitándonos, percibir las semejanzas. Rosales ha cantado en muchos poemas de su *Abril* el hálito de la presencia física de la mujer, y luego, aún más delicado, el de su recuerdo. La mujer avanza y todo se serena u ordena por donde ella pasa:

*Tú estás en la serena ordenación que despierta tu paso.  
Tú eres lo que persiste en el abandono de la presencia amada.  
Tú eres lo que nos queda después de la visión aromando los ojos.  
Tú la sola caricia que persevera y canta  
su asombro de mujer, que define la ausencia.*

Estos efectos del paso de una mujer—esa serena ordenación que despierta su paso—habían sido cantados antes por poetas de muchas épocas y lugares distintos. Para no elegir sino lo más próximo, ver, alabar, bendecir esos efectos del paso de una mujer, es un tema que aparece varias veces en el *dolce stil nuovo*, y Dante lo ha inmortalizado en uno de sus más bellos sonetos (del que acabo de citar un par de versos).

Dice Dante en el comentario en prosa a ese soneto que cuando ella pasaba por la calle las gentes corrían para verla. Ella se iba sin orgullo ninguno de aquel efecto que producía. Algunos decían: «Esta es una maravilla, y bendito sea el Señor que tan admirablemente sabe obrar.» Y todos, llenos de una alegría dulce y honesta, suspiraban.

También, entre nosotros, Joan Maragall está en esa línea. De esa «ordenación» del mundo que, según Rosales produce la amada nos ha hablado también Maragall (pero éste lo llama «reposo»):

*La presència de la Dona hermosa  
te fa humil i devot contemplatiu.  
En la presència de la Dona hermosa  
hi ha quelcom d'un repós definitiu.*

Los poetas de esta línea de sentimiento perciben también—como otra presencia aún más sutil—la dulzura de la ausencia de la mujer. Rosales dice—lo hemos leído ya—que ella es «lo que persiste en el abandono de la presencia», «lo que nos queda después», lo que «persevera y canta», ese «asombro» de mujer, «que define la ausencia». Maragall viene a coincidir con otras palabras:

*La partida de la Dona hermosa  
te deixa il·luminat hermosament.  
En la partida de la Dona hermosa  
hi ha una estela de llum que es va perdent.*

No creo que haya relación ninguna directa entre Maragall y Rosales (la diferente plasmación del pensamiento parece comprobarlo) ni aun siquiera que nuestro poeta, cuando escribió *Abril*, la tuviera con el *dolce stil nuovo* y Dante. Estos, es cierto, abrieron un ámbito iluminado en nuestra poesía europea, y en él todos vivimos y respiramos: la poesía de amor, entre nosotros, supone ese asombro esencial, y no es, en el pormenor, sino un intento de definir las modificaciones que realiza el amor en la psicología del amante. Petrarca lo hizo en su *Canzoniere*, como Rosales en su *Abril*, cada uno según su modo de inspiración y sus distintos recursos expresivos.